

# Quirón

Quirón era el más célebre, el más juicioso y el más sabio de los centauros. A fin de engendrarlo, Cronos —su padre— se había unido a Filiria, su madre, en la figura de un caballo. De allí su doble naturaleza.

Se dice que del propio Apolo recibió los secretos de la sanación, convirtiéndolo en el médico más célebre entre los inmortales.

Cuando a Hércules le fue encomendada la matanza de los centauros, hirió accidentalmente a Quirón, quien estaba a favor de los mortales. Las llagas producidas por esta herida fueron incurables. Quirón se retiró a una cueva deseoso de morir, mas era inmortal y por lo tanto su dolor sería eterno. Prometeo se avino a cederle su derecho a la muerte y entonces Quirón encontró el descanso que tanto ansiaba.

Aunque seguramente los rectores y decanos de las facultades de medicina en la Argentina desconozcan esta leyenda, parecen estar empeñados en convertirla en realidad: la medicina, nacida inmortal, se debate entre el dolor y la muerte y no está lejos el día en que algún Prometeo despistado le dé el golpe de gracia. De lo contrario, veamos lo que sucede con la Facultad de Medicina de La Plata. Un decano que decide acotar el ingreso de futuros desocupados en búsqueda de una excelencia académica, recibe la orden de no innovar a fin de permitir el ingreso irrestrictivo en sus aulas. Un juez de la Nación ha decidido que es mejor seguir llenando las aulas ya repletas sin necesidad de un esfuerzo intelectual. De continuar con esta tesitura, los futuros galenos tendrán aprobadas anatomía, histología y química por resoluciones judiciales y clínica médica por un edicto municipal. Típica estructura educativa nacional: que la secundaria enseñe lo que debieron aprender en la primaria y la universidad haga lo mismo con los bachilleres, peritos mercantiles y demás egresados del secundario. Ahora ¿quién formará a los médicos que no aprendieron la carrera en las aulas? Muy fácil: ¡la residencia! Brillante razonamiento a no ser por un pequeño detalle: ¡no hay suficientes residencias para el malón de egresados! Apenas un puesto cada seis o siete aspirantes. Es decir que sólo el 15% recibirá una formación más o menos adecuada. El 85% restante vagará por clínicas y hospitales mendigando conocimientos, “*un poco de experiencia, por favor*”.

Ningún profesional serio puede afirmar que en el ejercicio de la medicina la experiencia no es importante. “Ojo clínico”, le dicen, y se hace viendo y estudiando. Si el juez de marras no lo cree así, entonces que se opere su catarata con un joven de escasas diez cirugías. *Experto credite* decía Virgilio.

Tampoco los residentes la pasan mejor. Son pocos los que egresan habiendo operado cien cataratas ¿Cuántos egresan sin haber visto una cirugía de retina o acaso una vitrectomía? Mientras tanto, cientos golpean las puertas de los hospitales para, aunque más no sea, “bichear” en sus consultorios.

Esta acumulación de miserias es aprovechado por los oportunistas de siempre quienes, disfrazados de académicos, proponen el salto educativo: “te hago especialista a cambio de una cómoda cuota mensual”. Persevera en estos bancos, escucha por horas a docentes que desgranar sus lecciones y al final del camino un diploma corona tu paciencia (y tus desembolsos). Un Quirón sin oftalmoscopio. En última instancia, un caballo.

La parte más patética del asunto es que estos colegas se formaron gracias al esfuerzo docente de profesionales que volcaron sus conocimientos en forma gratuita. En la Universidad de Buenos Aires hay 8000 docentes médicos pero sólo 500 cobran (miserias, pero cobran). Para poder sentarse a escuchar las clases en una universidad privada hay que oblar no menos de 400 pesos por mes. Hagamos las cuentas. Cientos de docentes médicos han dejado horas de familia, sueño y trabajo ¿A cambio de qué? Del enriquecimiento de instituciones que sólo se esforzarán por sacar más ignorantes de sus aulas para después venderles otros cursos, hechos redituables gracias a la “generosidad” de esos docentes ansiosos por agregar más bronce a sus diplomas.

*Vita brevis, ars longa...* decía Hipócrates. Esta es la parte del aforismo que todos sabemos, pero que termina con un *ocasio praeceps, experimentum periculosum, indicium difficile*: la ocasión ruidiza, la experiencia peligrosa y el juicio difícil.

Me parece —y sospecho que Hipócrates compartiría mi impresión al ver a 7500 médicos que compiten por 650 vacantes— que estamos perdiendo la ocasión, la experiencia y el juicio.

Hasta la próxima.

Dr. Omar López Mato